

**Carlos Humberto
Durand Alcántara***

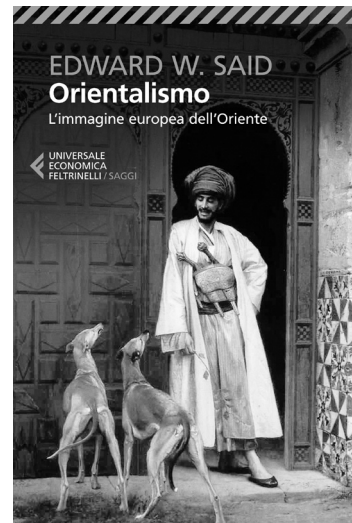
Edward Said, *Orientalismo*,
(ensayo) de bolsillo, 2 da.,
México, marzo de 2016,
Barcelona, Penguin Random,
2002, tendencias de Castillas,
Ma. Luisa Fuentes, 1990, 512 pp.

Gramsci refiere en “Cuadernos de la Cárcel” que el punto de partida de cualquier elaboración ética en la toma de conciencia de lo que uno realmente es; es decir, la premisa “conócete a ti mismo”, en tanto que producto de un proceso histórico concreto”. Por tanto, es un imperativo comenzar por recopilar ese inventario.

Edward Said

Cuán difícil resulta reseñar en unas líneas una obra de la magnitud de *Orientalismo* de Edward Said, texto que sin duda apertura caminos acerca de la otra visión del mundo, aquella que está procurando la *alternancia cultural*, pero sobre todo, en la que se encuentra el rescate del verdadero quehacer de los intelectuales comprometidos con la humanidad, abrir brecha en el reencuentro con la diversidad cultural, respetuosa de su condición humana la que desde la prospectiva del autor se coloca en los márgenes de la descolonización cultural y contra el racismo.

En la actual coyuntura resulta de singular importancia el estudio del tan no lejanamente desaparecido investigador de la Universidad de Columbia, Edward Said, brillante intelectual que nos legó conjuntamente con un selecto núcleo de eruditos (entre otras aportaciones), la filosofía denominada como *post colonialismo*.



www.pinterest.com

* Dr. en Antropología, Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM. Profesor Investigador del Departamento de Derecho, UAM-A. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores (SNI).

Este aspecto y la proyección de esta obra en particular adquiere en nuestros días especial relevancia en un marco sociopolítico mundial agobiado por las nuevas tendencias imperialistas, que violentan fronteras, invaden territorios y recomponen de alguna manera el “oriente planetario”, así observamos por ejemplo la invasión a Irak, el acecho y ocupación de Afganistán, el cerco a Libia y el asesinato de Muamar el Gadafi, los incesantes bombardeos en Siria, la intentona golpista en Egipto, los vaivenes políticos entre los EUA, Irán y Corea del Norte, y por desgracia un discurso reinante de la hegemonía neoliberal que denosta a los musulmanes, colocándoles en ocasiones como “terroristas,” esto, por tan sólo mencionar algunos ejemplos.

Esta obra se erige como una importante opción analítica acerca de nuestra diversidad social y condición humana, y ¿porqué no? también entabla el debate acerca de la otra prospectiva en que pueden ser ubicadas diversas culturas musulmanas, sintoístas, islámicas, o del oriente europeo o africano [...]

Pero también estos “barruntos a oriente” guardan en la actualidad significados que penden —bajo el pensamiento gramsciano—, de la hegemonía mundial, respecto de la estrategia económica internacional en las que surgen nuevas alianzas del Grupo de los Ocho en regiones del Indostán y China. Valga señalar que Europa llegó a controlar el ochenta por ciento del total del territorio oriental, pero también encontramos implosiones de esta hegemonía, determinadas por el accionar europeo y cuyo trazo fue magistralmente proyectado en su momento por Frantz Fanon y que guarda sus secuelas contemporáneas en procesos que hoy imbrican para el África Oriental, amplias remociones

poblacionales, con sus concomitantes secuelas de pobreza estructural y muerte por inanición entre otras contradicciones.

Esta obra se erige como una importante opción analítica acerca de nuestra diversidad social y condición humana, y ¿porqué no? también entabla el debate acerca de la otra prospectiva en que pueden ser ubicadas diversas culturas musulmanas, sintoístas, islámicas, o del oriente europeo o africano, esto ante el advenimiento de una nueva versión del racismo a ultranza cuya principal faceta desembocó a partir de los acontecimientos aún inexplicables del 11 de septiembre en la Ciudad de Nueva York, y cuya égida se sitúa en la política internacional adoptada por los Bush y que adquirirá proyecciones dramáticas en el frenesí hegemónico mundial por parte de Donald Trump, contexto en el que dados los afanes imperialistas, no es ajeno a lo que concebimos como el oriente mundial.

Finalmente, en este primer apartado es importante establecer que el manejo que hace Edward Said en la utilización de las categorías conceptuales que aluden a “oriente” u “occidente” guardan una acepción de carácter simbólico y descriptivo, sustentando que constituye un reto intelectual lo que significaría la debida acepción de ambas categorizaciones.

I

La red de racismo de estereotipos culturales, de imperialismo político y de ideología deshumanizada que se cierne sobre el árabe o el musulmán es realmente sólido.

Edward Said

En esta obra el autor reflexiona profundamente y deconstruye acerca de los patrones culturales que durante décadas han denominado algunos intelectuales, políticos y politólogos, como *el orientalismo*.

Sin guardar un solo perfil disciplinar este libro eslabona aspectos que se sitúan en la filosofía, antropología, derecho, y en particular en la etnología, la sociología y la filología. Para Said se trata del contexto del devenir histórico de sociedades múltiples y complejas en las que el enmarque geográfico jugará determinado papel, quizás más como un parámetro descriptivo, que propiamente como una vivencia social, así encontramos el “cercano oriente” el “oriente medio”, y el “lejano oriente” y en el que la expansión de la modernidad, el colonialismo y las revoluciones burguesas determinarían el advenimiento —en la post modernidad— de los Estados Nación de “Oriente”.

Al tiempo que Said sitúa el encuadre histórico en que Europa occidental colocó al *orientalismo* y en cuyas adaptaciones culturales se negaba la diversidad social existente en ciertas regiones de Asia, África y la propia Europa (oriental), advierte también, que el conocimiento de dichas poblaciones se fijó en buena medida a partir de criterios provenientes de los viajeros, y de algunas de sus obras.

En el “mejor de los casos” aparece lo oriental, desde Europa, como dotado de “magia” y “extravagancia”, o de tradiciones milenarias, de núcleos tribales que itinerantemente se desenvuelven entre el oasis y el desierto, con sus sempiternos aliados, los camellos, o bien se describen, entre otros talentos, a las mujeres árabes, que en algunos casos se les ubica como “cercanas a la Venus de Milo”, y que entremezclan sus bondades físicas cuasi artísticas, con ropajes de seda.

Pero también está el perfil occidental acerca de sujetos (orientales) malvados, perversos, idolatras que asesinan a mansalva, que son ignorantes, sádicos y violan a las mujeres, además de ser polígamos consuetudinarios, aspecto que al decir de Said propende ya en el contexto de la colonización, digamos en la lógica y el contexto de quienes mandaban y de quienes obedecían.

En los hechos esta visión de lo oriental, no sale del nexo entre conocimiento y poder que crea “al oriental” y que de cierto modo lo elimina como ser humano.

Para mí dice Said [...] “esto no es una cuestión exclusivamente académica, es una cuestión intelectual”.

Siguiendo el autor a Edward William Lane, y refiriéndose, por ejemplo, al supuesto sadismo imaginario de los orientales señala:

Cuando el Sayyid Omar, el Nakib el Ashraf (o jefe de los descendientes del profeta) casó a una de sus hijas, hace unos cuarenta años, delante de la procesión caminaba un hombre joven que se había hecho una incisión en el abdomen y se había sacado gran parte de los intestinos, los cuales llevaba delante sobre una bandeja de plata. Después de que la procesión concluyera, los devolvió a su lugar [...].

II

Desde sus orígenes la idea que sitúa el autor acerca del orientalismo no deja de inscribirse en una descripción ajena a sus simientes, al decir de Marx, al que parafrasea Said, respecto de su ya clásica obra, el *Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, (los orientales) [...] no pueden representarse a sí mismos deben ser representados.

La interrogante salta a la vista ¿de qué manera podrían describir los orientales, un imaginario forjado desde la intelectualidad europea?, y fundamentalmente cuando Clifford Geertz y otros antropólogos que estudió Said refieren una diversidad cultural inmensa que subyace en los tres continentes que simbolizan en algunas de sus regiones el supuesto orientalismo en cuestión (Asia, África, Europa) y que van desde relaciones sociales forjadas en clanes, y también de carácter tribal, hasta otras de mayor complejidad cultural y particularmente religiosa y también incluso, sociedades de estructura clasista. Se trata en todo caso de la adopción en la lógica del discurso de hegemonía y contra hegemonía, de la adopción de lo ajeno, frente a lo que es propio.

Al tiempo que el autor establece el proceso histórico en el cual se contextualizó la idea acerca del oriente, subyace también en su lectura la concomitancia de una intervención económica, de ahí que las colonias más ricas y grandes de Europa radicarán y —algunas aún radiquen— fundamentalmente en esta región del globo terráqueo, por otro lado, siguiendo las consideraciones de Adam Schaff, encontramos en esta obra una construcción del orientalismo desde la lingüística, la que imbrica no tan sólo el enmarque o apropiación de la lengua del otro, sino al decir del autor, el entendimiento de las lenguas orientales como un engarce o bisagra de carácter colonial, fue así como surgieron en diversidad de universidades europeas y norteamericanas centros de estudios de las lenguas orientales, así desde el siglo XVIII, emergió en lo occidental la lingüística orientalista la que al tiempo que advertía la diversidad cultural de las lenguas orientales, advertía también una visión limitada de las etnias, a las que generalizaba y en cuyo entendimiento —de oriente— predominaba el dogmatismo, el positivismo darwiniano con sus concomitantes dotes de racismo y discriminación, en esta tesitura Said siguiendo a Cromer, establece el siguiente ejemplo acerca de la manera que se concebía a aquella región del mundo:

[...] los orientales y los árabes son crédulos, faltos de energía e iniciativa muy propensos a la adulación servil, a la intriga a los ardides y a

la realidad con los animales: los orientales no son capaces de andar por un camino o una acera (sus mentes desordenadas se confunden cuando intentan comprender lo que el europeo lúcido entiende inmediatamente); los orientales son unos mentirosos empedernidos unos letárgicos y desconfiados y son en todo opuestos a la calidad, a la necesidad y a la nobleza de la raza anglosajona.

Para el autor, en la óptica de los europeos, al interpretar al oriente subyacen además tintes de carácter folclórico en donde la incompreensión del otro hace que se mantenga la identidad de supuestas culturas “exóticas” que además devalúan la condición humana —occidental— que pasa por rangos de una polisemia de la vida sexual y en donde ciertos patrones freudianos adquieren determinado significado. Pero este supuesto “exotismo” pasa por la diversidad de patrones de vida, y religiosidad, de las culturas existentes en oriente, así desde occidente, se homologan ciertas visiones del islamismo, y del budismo entre otros.

III

El orientalismo se construyó desde la filología, guardando como fundamento el estudio de las lenguas más importantes de oriente, por ejemplo: mongol, chino, birmano, árabe, numerosos dialectos indios, el hebreo, el pahlavi, el asirio, el babilonio, mesopotámico, javares, pero también, desde la literatura (Cervantes, Hugo-Goethe, FitzGerald, entre tantos otros que analiza Said); fue esta la manera que algunas de las más importantes universidades de Europa occidental y los Estados Unidos impulsan y desarrollan los estudios orientales de los siglos XVIII, XIX, y XX con especial énfasis en lo que denominaron “área cultural”, este espacio de conocimiento fue notoriamente criticado por Said en virtud de su significado alienante que enmarcaba, u homogeneizaba al estilo científico positivista, la diversidad cultural bajo acomodos de carácter biológico a pueblos y sociedades múltiples.

Así se homogeneizaron y vulgarizaron a través de los institutos de ciencia de Inglaterra, Francia o Alemania, por ejemplo, al tibetano, con el cantonés, al persa con el pahlavi y asirio, al egipcio con el hebreo, entre muchos otros, la etnología de la época elaboraba clasificaciones al estilo Linneo sin el más mínimo asomo a la complejidad en que se ubicaban las relaciones humanas en estudio. Pero aún más, la crítica de Said pasa de igual manera por el rasero de las ideologías en donde el autor cuestiona si acaso el fundamento desarrollado a través de las denominadas áreas culturales se sustenta a partir de la hegemonía colonizadora, una vez más se ordenaba la comprensión de las otras culturas —las no occidentales— en virtud de rudimentos que no concernían a los “orientales”.

En esta tesitura el autor nos traslada a un estudio cuasi enciclopédico de la más amplia literatura hacedora del orientalismo visto desde Europa occidental, pasando por las aportaciones castellanas, sajonas, germánicas y francófonas, entre otras. Sin

embargo, Said acomete este sentido “libresco” de conocimiento del otro, cuestionando lo distante que puede estar el orientalismo, basado en muchas ocasiones en notas y simples referencias indirectas. Cercana a la idea de Karel Kosik, el autor despliega la inocuidad de los europeos en la concreción, es decir, dimensionar una condición indispensable en las adaptaciones culturales de las otras culturas [...] el pragmatismo endógeno, en el que por supuesto son los propios protagonistas de su historia quienes fijan la conciencia de sí mismos.

De esta manera, al decir de Said, para ciertos intelectuales de Europa occidental y los EUA, existiría un oriente que se construyó fundamentalmente a partir de textos y de forma exógena a las propias culturas “orientales”, de manera que la otredad, (en este caso la que compete a pueblos y sociedades orientales), no deja de constituir el enmarque ideológico que nos legó el colonialismo, acerca de cómo concebir a las otras culturas, así el orientalismo constituye “una mirada a oriente desde Europa”.

Sin embargo y más allá del discurso hegemónico la obra de Said también es significativa en la medida que advierte una revalorización de ciertos aspectos del orientalismo, como por ejemplo su razonamiento acerca de William Jones (segundo de los proyectos napoleónicos), de quien señala:

Dominaba el árabe, el hebreo y el persa (era poeta, jurista, tenía mente enciclopédica, era un clasicista, un erudito infatigable, fue nombrado para un puesto honorable en la Compañía de las Indias Orientales) y en cuya obra personal, *Objects of Enquiry During my Residency in Asia*, desarrolló las leyes de los hindúes y de los mahometanos, la política y la geografía moderna del Indostán, el mejor modo de gobernar Bengala, la aritmética, la geometría, y diversas ciencias de los asiáticos, la medicina, la química, la cirugía y la anatomía de los indios, la producción natural de la India, la poesía, la retórica y la moralidad de Asia, la música de las naciones orientales, los negocios, la industria, y la agricultura.

IV

La obra de Said no estaría completa si acaso no hubiese avizorado la reedificación —si concebimos su pre existencia— de un orientalismo desde oriente, en cuya prospectiva no se trata de posibles adaptaciones ortodoxas a la diversidad cultural de oriente, o a su vez, de carácter chauvinista acerca de cómo entender por ejemplo; el islam, la cultura árabe, el pan africanismo o en su caso, una vuelta al pasado de culturas diversas y milenarias del oriente cercano, sino más bien la apuesta del autor es concebir nuevas aportaciones que desde el propio “oriente” pretenden no sólo la alternancia y comprensión de sus culturas sino inclusive el empoderamiento ante discursos hegemónicos, así como el establecimiento de nuevas relaciones en el contexto internacional.

En el epílogo a su libro, elaborado seis años después de su publicación, Said considera que se ha mal interpretado su obra a partir de criterios que pretenden ubicar su esfuerzo anticolonial, como la defensa de los árabes y musulmanes, como así acontece por ejemplo con la visión digamos de “ortodoxia ecuménica árabiga”, con la que por supuesto el autor no concuerda.

Sin caer en la laxitud, la obra de Edward Said constituye sin duda una gigantesca aportación en el contexto del debate intelectual, acerca, tanto de una nueva relación entre pueblos y sociedades a nivel mundial, así como en la configuración de elementos para el estudio de sociedades diferenciadas en las que han subsistido circunstancias de carácter asimétrico colocando en el contexto de la pervivencia humana una nueva eticidad y en cuyo cuño prevalece, por encima de discursos hegemónicos, tanto la diversidad cultural, como la convivencia respetuosa de los pueblos. Esto no hace que la obra de Said no delimite contradicciones fundamentales que se sitúan a la relación entre oriente y occidente como una relación de poder y de intercambio desigual, proceso en el que está imbricado el Estado colonial-imperial.

